HIEDRA DE PURPURINA

Bruno Martí Salvador

HIEDRA DE PURPURINA

Bruno Martí Salvador

avant
editorial

Primera edición, julio de 2023
©Bruno Martí Salvador, 2023
Diseño portada:
©Beatriz Usano Serena

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN:978-84-19763-41-9
IBIC: FA
DEPÓSITO LEGAL: M-22383-2023

A mi abuelo, mi primer lector oficial desde que empecé a escribir historias hace ya tantos años.

1

La vida es una mierda. Una muy gorda y pegajosa. Han pasado muchas cosas en un año. Quizá demasiadas. Mamá dejó de ser la que era para convertirse en un cero a la izquierda. No tardaron en despedirla de la oficina y estuvimos un tiempo viviendo de los pocos ahorros que había acumulado. Después, inevitablemente, tuvo que meterle mano a la herencia. Una pena. O una putada, según se mire. Puede que él haya muerto, que solo me quede ella, pero el verdadero cadáver putrefacto soy yo.

Nadie puede rebatirlo. Me lo arrebataron todo. Mi vida perfecta, aunque no lo era del todo, pero ante mis ojos de adolescente despreocupado era más de lo que cualquier chico de mi edad pudiera desear. Un hogar establecido, un par de padres que se amaban y a

los que todavía les sobraba un pedacito de amor para mí. Joder, y tanto que mi vida era perfecta. Era jodidamente perfecta. Pero ya no. ¿A quién debía culpar? Mi madre era la primera candidata en una larga lista que parecía interminable. Pero aquello habría sido egoísta. Ella acababa de perder a su marido, al amor de su vida, al hombre que antaño fue su novio en la facultad. No, desde luego que no habría sido nada justo. De todas formas, ella ya había encontrado su propia forma de castigarse. El alcohol. En todas sus distintas presentaciones. Los lunes y jueves se tomaba chupitos de tequila hasta quedarse dormida viendo un insaciable programa de la prensa rosa, los martes apostaba por una buena botella de vino tinto y los viernes, sábados y domingos se tiraba de cabeza en el vodka. Sí, ese era su favorito. Y se había convertido en su nueva colonia.

Joder, qué decadencia. Se estaba pudriendo por dentro, y yo lo sabía. Tampoco es que Ángela se esmerara en ocultarlo. Ja, detestaba cuando la llamaba así. Ángela. Aunque, ¿qué coño? Ese era su nombre. Supongo que mamá era más correcto, aunque aquella palabra había perdido todo el valor para mí. Ella ya no era mi madre. Había dimitido de ese cargo un largo tiempo atrás. Ya no tenía tiempo para vigilarme, alimentarme o reñirme por cualquier tontería. Echaba de menos sus regañinas por acostarme a altas horas de la madrugada o sus feroces gritos de ira cuando le robaba unos cuantos billetes de la cartera para poder ir al cine

con los amigos… Qué tiempos. Allí todo brillaba. Era luz y color, y ya no quedaban ni unas tristes sombras.

A veces no podía evitarlo y acababa riéndome. Para así evitar los llantos. Era irónico. «Papá ha muerto», me contó entre clínex y alargados sollozos, justo cuando llegaba del cine. Había ido con Nico y Tommy a ver la última entrega de Halloween. No nos gustó para nada. Otra secuela para el olvido de una saga estirada con pinzas y a máxima presión. Pero la absurda inmortalidad de Michael Myers pasó a importarme una mierda cuando mi madre soltó aquella desgarradora sinfonía. «¡Tu padre ha muerto!», repitió por si las moscas. Yo la había escuchado a la primera. Pero refutaba creerla. ¿Papá? ¿Muerto? Ni de coña. Eso solo pasaba en las películas. Y yo era un aficionado de primera al cine de terror.

Cuando quise darme cuenta, la cinta había arrancado y el primer acto había dado comienzo. Mi vida se había convertido en una de esas películas baratas de bajo presupuesto con animación casposa, sangre brillante y monstruos de goma espuma. ¿Enserio? Mi padre acababa de palmarla y no había presenciado su escena. Su maldita escena. La maldita escena de su muerte. Mi madre no quiso entrar en detalles, pero yo le insistí. Joder, y tanto que le insistí. La agarré de los hombros y la obligué a desenfundar su lengua. Al principio le costó, estaba atascada. Pero pronto volvió a funcionar. Y me lo contó. Me lo contó todo. Incluso

con más detalles de los que yo jamás habría imaginado. «Tu padre se ha lanzado a las vías del tren esta tarde y su cuerpo ha quedado decapitado», disparó mi madre. Y entonces lo comprendí. Mi padre no se había muerto. Se había suicidado.

¿Tan infeliz era con nosotros? No recibimos ninguna nota. Ninguna despedida. Nada de nada. Yo pensé que había discutido con mamá. Que Ángela le había taladrado los oídos hasta volverle paranoico. No cabía ninguna otra explicación dentro de mi ser. Yo no tenía ninguna queja. Había tenido un padre de oro. Una figura paterna de la que estar orgulloso. Un hombre de negocios que se preocupaba por su familia y los protegía a cualquier coste. ¿Y ese era su final? ¿Aplastado contra las vías del tren? No. Me negaba a aceptarlo. Y no dejé de insistir a mi madre. Pero ella ya había dejado que la herida cicatrizara y no quería hablar del tema. Pero yo sí quería, y algún día sabía que la pillaría desprevenida y volvería a desempolvar el cuerpo caliente de papá.

Un pitido. Y otro… Y otro. Abrí los ojos tan rápido como pude y estampé la palma de mi mano contra la pantalla de mi móvil. Desconecté las numerosas alarmas que había programado y estiré mi propio cuerpo sobre la cama. No me apetecía nada volver al instituto. Pero había que hacerlo. Era la única opción que me quedaba. Así podría graduarme y empezar a trabajar. Trabajar duro para conseguir dinero y huir de

casa. Aunque poco quedaba de aquel caluroso hogar. Aquellas cuatro paredes se habían transformado en un oscuro nido de resentimiento que me ahogaba con ira a medida que pasaban los días.

Mamá casi siempre estaba borracha. Ya me había acostumbrado. Al menos el desayuno era la única comida del día en la que no echaba pestes. Se preparaba un café cortito y una rebanada de tostada con mantequilla. Me senté frente a ella y la analicé, como todas las mañanas. Sin duda, su dejadez solo era interior. Portaba cantidades de potingue por toda la cara. Maquillaje, colorete, pintalabios rojo pasión… Yo sabía por qué. No quería que los vecinos cotillearan y sus amigos se enteraran de que era una alcohólica. Al menos lucía decente. A sus cincuenta años, ya no le quedaba nada más que una cara bonita y una insaciable sed que solo pudría sus entrañas.

La saludé con la barbilla y ataqué mi desayuno. Siempre tenía un montón de hambre por las mañanas. Desayunaba como un rey, descartaba por completo el almuerzo y volvía a comer como un rey. Apenas conversábamos en la mesa. De hecho, nunca conversábamos en ninguna parte. Ella continuaba en su prolongado encierro de viudedad. Papá ya nos había dejado hacía un año, pero esa era su nueva vida: despertarse, hincarle los dientes a cualquier botella de la despensa y terminar inconsciente sobre la tarima. Dios, incluso tenía que limpiar su propio vómito. No me atrevía

a mirarla a la cara por más de tres segundos. No la reconocía.

Y entonces, sucedió lo inesperado.

—Bueno, hoy empiezas las clases…

No me molesté en replicar. ¿Quién coño se creía que era para soltar eso? Antes lo habría permitido, pero no podía alzar la cabeza y fingir que estábamos bien, que éramos una familia modelo y que ella iba a ser galardonada con el premio a madre del año. Y no lo era. Se había convertido en una mujer torpe y patética. Me daba asco. Y vergüenza. Así que la castigué con mi indiferencia.

—¿Sabes? Si no hubieras repetido, no tendrías que haberte levantado tan temprano… Las clases en la universidad no empiezan hasta dentro de dos semanas —dijo Ángela, empleando un tono tan seguro como burlesco. ¿A qué jugaba?

Yo solo me limité a sonreír, pero no fue una sonrisa dulce y bobalicona. Estaba cargada con toneladas de maldad. Y ella lo sabía perfectamente.

—Que te den —solté sin poder evitarlo.

—¡Diego! ¡No me gusta cuando me hablas así!

—Y a mí no me gusta cuando dices gilipolleces —contraataqué con la única intención de achantarla—. Repetí curso por lo de papá… Eres una zorra por echármelo en cara.

—Está bien… Lo siento.

Deslizó la cabeza y ancló los ojos en el café. Quería que me sintiera culpable, pero la verdad era que no me daba ninguna pena. «Al diablo con tu teatrito barato —pensé—, no eres mejor que yo».

Me levanté de la mesa y arrastré la silla hasta que chocó con la nevera. Deposité la vajilla sobre la pila y me dirigí a la puerta sin mediar palabra. Me estaba asfixiando en aquella habitación.

—¿No te terminas los cereales? —me detuvo mi madre, consiguiendo alterarme hasta el último momento.

—Se me ha quitado el hambre —respondí sin emoción. Sin alma.

—Come algo, que el día es muy largo…

—¿Sabes? A veces preferiría que estuvieras borracha todo el tiempo y me dejaras en paz. Eres una plasta.

Contemplé una gruesa gota de agua contoneándose por su mejilla izquierda. ¿Era real u otra de sus lágrimas de cocodrilo? Bah, no me importaba. La abandoné en la cocina y me metí de pleno en mi cuarto, dando un portazo en señal de descontento. A fin de cuentas, ella pronto se olvidaría de aquel pequeño altercado. De la única manera que sabía.

Ordené la mochila y me cambié a contra reloj. Si no me apuraba, llegaría tarde. No era mi culpa. Me había quedado anclado en el instituto un año más mientras mis antiguos compañeros estaban a punto de

iniciar la universidad. Ni siquiera quería ir. Tendría que compartir clase con gente nueva y socializar no se encontraba entre mis principales prioridades. Escapar y huir de Ángela sí.

Y como la vida era una mierda gorda y pegajosa, decidí darme un pequeño empujoncito. Como había estado haciendo desde el suicidio de papá. Abrí el cajón de mi escritorio y saqué una arrugada bola de papel de plata. La estiré sobre la madera y observé los polvitos blancos. Los alisé y ordené y me preparé para esnifarlos y empezar a volar…

Había olvidado mencionarlo. Yo también tenía un vicio, al igual que mi madre. Supongo que a fin de cuentas no era mejor que ella.

2

Esnifé la cocaína picada y me fui de casa sin despedirme de mi madre. Total, en diez minutos pillaría su pedo mañanero y lo habría olvidado. No necesitaba perder el tiempo con muestras de afecto falsificadas. Ya tenía bastante con mi propio colocón.

Salí tan rápido como pude del edificio y me diluí por las callejuelas del barrio hasta adentrarme en una minúscula calle peatonal que acabaría llevándome hasta el instituto. Ya conocía el camino de memoria. Había acudido a aquel centro cargado por el diablo desde hacía cinco años y cada día que pasaba la rutina se volvía todavía más deprimente. Sobre todo después del acto impulsivo de mi padre, aquel que cambió el transcurso de nuestras vidas para siempre.

Me puse los cascos y sentí los polvitos blancos apoderándose de mi organismo. Podía levitar, o al menos así creía que era. Entré en la lista de reproducción y seleccioné la única canción que había sido capaz de escuchar una y otra vez durante el último año. *My Immortal* de Evanescence. Cada puñetero verso y cada maldita melodía me recordaba a él. Al hombre que nunca volvería a darme un beso de buenas noches o que me recogería pedo del botellón con los colegas.

Cerré los ojos y caminé en línea recta hasta los alargados rascacielos que cubrían las apacibles nubes blancas que se habían asentado en una hilera horizontal en el cielo de Madrid. Era una imagen bonita. O eso supuse. Por aquel entonces, ya no prestaba atención a casi nada. Todo me daba igual. Todo me era indiferente. Solo me limitaba a respirar y a dormir para matar las horas descolgadas. Detestaba quedarme a solas conmigo mismo. Con mi cabeza. Con mis malditos pensamientos dementes. A veces me entraban ganas de agarrar el cuchillo de la cocina y abrirme en canal. Pero era sabedor que aquella no era la solución más elegante. Otro suicidio habría acabado con la poca cordura que todavía le quedaba a mi madre.

Bufé y escupí una enorme bola de saliva sobre un banco de madera. Me reí, porque sí. Porque la cocaína me había hecho fuerte y no le temía a nada. Podía sentirle. Su voz, su rostro, su risa contagiosa… Siempre me habían dicho que tenía la risa de mi padre. Y sus

ojos, tan azules como el océano. Aunque aquellos parecidos razonables habían adoptado un significado tan doloroso como espeluznante para mí. «A la mierda todo y todos», sentencié en mi alborotada mente. No había cabida para ningún recuerdo empalagoso más. Estaba harto de rodar en una bola de hámster y nunca ver la salida.

Y las drogas me ayudaban. Joder, vaya si me ayudaban… Se habían convertido en mi mayor consuelo. Una dosis por la mañana, otra al mediodía, una más por la tarde y la última antes de quedarme totalmente dormido. Y en aquel preciso instante volaba por las calles con mi expresión melancólica que empezaba a difuminar una mueca de alivio. La gente me miraba. Pero, de nuevo, me daba igual. Escuché a Evanescence intentando contactar con un espíritu que ya no se encontraba a su lado y solo pude visualizar a papá. Otra vez.

Una lagrimilla rebelde se resbaló de mi ojo izquierdo y zigzagueó por mi mejilla sin ningún control. La aparté de inmediato. La entrada del instituto quedaba a un minuto y no quería parecer débil en el primer día de clases. Sobre todo porque iba a ser el único repetidor del curso. Mi madre pensaba que era un perdedor. Aunque nunca me lo había dicho. Pero yo lo sabía. Podía verlo en sus ojos. Unos ojos tristes que en sus mejores días albergaron sinfines de júbilo y euforia.

Cuando llegué a la puerta principal ya no había nadie. Parecía una de esas películas antiguas del lejano oeste. Solo faltaba la bolita de ramas y polvo rodando por el suelo. Entré sin más remedio. Saludé a la secretaria con una mueca bobalicona. Me arrepentí de inmediato. Debía disimular y ser cauto, aunque no era la primera vez. Ya había acudido drogado a clase muchísimas veces. Hasta el culo de cocaína, heroína, marihuana, calmantes… Todo lo que podía pillar y lo que estaba a mi alcance. Por suerte nadie se había percatado y no se había corrido la voz de que era un absoluto drogadicto, pero no me avergonzaba. ¡Qué coño! ¡Estaba justificado! Había perdido a mi padre de la manera más dolorosa que un hijo pueda experimentar. Sin ninguna despedida previa. Así, sin más. Si mi madre se había entregado a la bebida, ¿por qué yo no podía hacer lo mismo con las drogas?

Subí las escaleras de par en par. Era lo bueno de tener las piernas largas y delgadas. Busqué la ubicación del aula, guiándome por los cartelitos de las puertas, y, tras una breve pero intensa búsqueda, di con el paradero. Tomé aliento antes de deslizar el pomo. Segundo de bachillerato. Otra vez… Me sentí ridículo. Pero aquella sensación se evaporó de un plumazo. Al fin y al cabo, todavía seguía colocado.

—Diego, llegas quince minutos tarde —comentó la profesora nada más entré, cruzándose de brazos y

desafiándome con la mirada. Ya la conocía del año pasado. Me había dado matemáticas aplicadas.

—Lo siento, profe.

—Puedes sentarte atrás.

Y de pronto me sonrió. Y me quedé más tranquilo. Marisa era una tía enrollada, aunque de primeras pudiera parecer muy estirada. Algunos comentaban que tenía un palo metido por el culo, pero yo siempre pensé que era una mujer a la que había que pillar el tranquillo. Y yo se lo pillé.

Avancé por un pequeño hueco hasta la última fila. Me fijé en mis nuevos compañeros. A muchos les conocía. Al menos de vista. Eso sí, estaba seguro de que todos me conocían a mí, incluso los nuevos. El hijo del padre que se tiró de cabeza a las vías del tren. Nunca fallaba… Pero me pasaba sus cuchicheos por las narices.

Analicé la distribución. Seis filas. Mesas unidas de dos en dos. Me dejó satisfecho. Odiaba los pupitres individuales. Por lo que caminé con más ganas hasta mi ansiada silla. Al lado había un chico de cabello pelirrojo que jugueteaba con el bolígrafo sobre la tapa de una libreta. No conocía su nombre, pero desde luego le había visto pululando por el recreo en más de una ocasión.

Sin más dilación, me senté junto a él e intenté actuar como una persona totalmente sobria.

—Hola

—Ey. ¿Qué tal?

Su voz era suave y serena. Siempre solía fijarme en las voces de los demás. Unas roncas, otras delicadas, otras más estropeadas… Pero aquella era diferente. Como una dulce melodía que acariciaba los filos de mis orejas. Me estremecí, pero por suerte mi nuevo compañero de sitio no se percató. Sino que se inclinó hacia mí.

—Soy JJ. ¿Eres nuevo?

—Diego, repetidor —le tendí la mano y él me la apretó. Parecía majo, pero no quise sacar conclusiones precipitadas. Solo pude reírme—. ¿JJ? ¿Qué clase de nombre es ese?

—Créeme, es mejor que no lo sepas…

JJ deslizó una carcajada y yo le seguí con sumo gusto. Aun sentado, pude notar que era alto y delgado. Como yo. Llevaba unos pantalones marrones ajustados que marcaban cada rincón de sus piernas y una camisa roja tapada por dos tirantes. Me gustaba su estilo. Era distinto al resto. Yo, en cambio, iba vestido de negro. Como un murciélago. Él deslumbraba por alguna manera que no conseguía descifrar. Tal vez fuera su cabello naranja, tan vivo como las llamas del fuego, con un largo flequillo que se descolgaba a cada lado de su frente hasta separarse por una raya recta que se diluía hasta la parte trasera de su cabeza. Era un chico muy guapo, guapísimo, pero en ese momento no me fijé.